

«Los feligreses se apresuraban a llegar. La fiesta estaba a punto de comenzar. Era un domingo parroquial, y la plaza vestía engalanada, llena de flores multicolores que adornaban los pasillos y la entrada principal. Pero a diferencia de otras tantas, esta no era una tarde cualquiera. Se veía, más bien, como la tarde que sigue a la lluvia y se llena de tonos grisáceos cuando aquella se va. El sol, con su ausencia, presagiaba una noche temprana y fría, cargada de humedad y dolor de huesos. Aunque la tristeza en su encierro la invadía, al verlo, una sonrisa, nacida desde el fondo de su alma, resurgía. Esto la animaba a seguir con su vida, día tras día.

Sin importarle que afuera reinaba la algarabía, Remedios, sentada en su antiguo sofá, buscaba con la mirada a través de la ventana de su estudio, perfectamente pulcro y ordenado, al perro callejero que a esa hora, puntual, pasaba por la angosta vereda y se perdía al llegar al parque lleno de árboles frutales, en cuya esquina empinada sobresalían a la distancia los arbustos, antaño verdes y brillantes y que ahora languidecían clamando que no terminara el día para aprovechar las últimas gotas que, negándose a caer, aún flotaban en la atmósfera tratando de formar un arco iris que por falta de luz se desvanecía, conforme atardecía, como si fueran burbujas sombrías de jabón que, suspendidas en el aire, revientan con sutil melancolía.



Remedios esperó otro rato. No quería cerrar las persianas sin antes cerciorarse de que “Llano”, como había bautizado al perro por ser sencillo y sin presunción, pasara por su

casa y la saludara, como lo hacía a diario, al voltear y verla a los ojos, como los suyos, llenos de tristeza y soledad. Era su único amigo y a quien le dedicaba las tardes, sin importarle que lloviera o no.

Ese día se sentía diferente, y la tarde; no era una tarde cualquiera, sino una que invita a la nostalgia y a que regresen los recuerdos de mejores tiempos. Cansada de esperar, tomó su bastón, encorvado y débil como ella, pero hecho de buena madera y resistente a la intemperie, por si algún día se decidía a salir, pero eso no dependía de ella, sino de su única hija, que prefería ver su novela que sacarla a pasear. “Desde que su novio la dejó, ya ni me busca”, pensaba Remedios, deseando que su hija abriera la puerta en cualquier momento.



Sin ánimo aún, Remedios se levantó y se disponía a cerrar la ventana cuando lo escuchó gemir. El llanto de Llano le caló en los huesos, más que la humedad del estudio que, a pesar de la frazada, le enfriaba sus adormecidas piernas. Volteó a mirarlo. Parecía que le suplicaba y se despedía a la vez. Incapaz de ayudarlo, se desesperó al ver que estaba herido y, ansiosa, gritó con todas sus fuerzas “¡No!” mientras se desplomaba en el sofá y soltaba el bastón que fue a dar hasta donde estaba el jarrón chino, único testigo de su viaje de bodas, cayendo ambos estrepitosamente al suelo, uno al lado del otro y próximos a la salida.

El ruido de la fina cerámica hecha añicos sobresaltó a su hija, quien apagó el televisor y, temiendo por su madre, abrió la puerta y se sorprendió cuando la vio; cual escena inesperada de su novela. Tenía la cabeza baja y los ojos entreabiertos y nublados, parecía

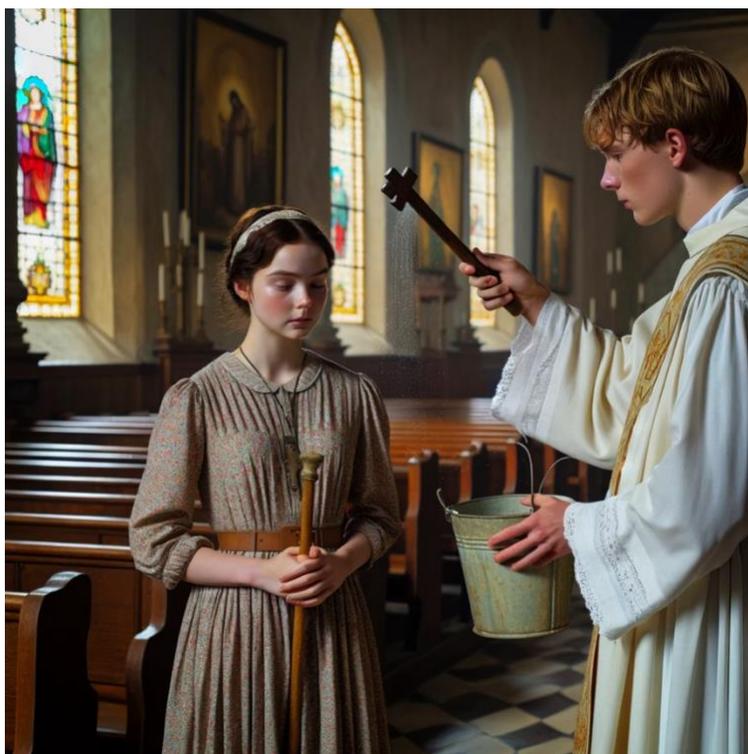
descansar como cualquier otra tarde, pero esta vez su mirada se perdía a través de la ventana; sufriendo en silencio por su solitario amigo que, fiel a su costumbre, aún desfallecido, pasó a saludarla por última vez.

“¡Madre!”, exclamó su hija, todavía con el control remoto en la mano. Remedios no contestó.

“¡Madre!” repitió su hija, quien, asustada al ver que no respondía, soltó el control que golpeó al bastón y lo aventó hacia afuera. Remedios cerró los ojos. Su improvisado amigo Llano, con su aparente muerte, la había liberado de su prisión y de su grillete de caoba.

“¡No te mueras!”, suplicó su hija mientras sollozando la abrazaba. Sin embargo, a pesar de sus lágrimas, ___ __ había _____.

Como cada domingo, el alegre sonido de las campanas llenaba el aire, invitando a todos a celebrar la vida. La música de los mariachis comenzó a sonar, inyectando ritmo y alegría al lugar. A pesar de que la hija de Remedios aún no había llegado, la expectativa de su aparición era alta. Hoy, sin embargo, su demora tenía un propósito distinto; su 'novela' había concluido y ella estaba lista para comenzar un nuevo capítulo en su vida. Después de una pausa reflexiva, Janet tomó el bastón de su madre y se disponía a salir cuando un sentimiento desconocido se apoderó de ella. Incapaz de controlarse, comenzó a sollozar, sintiendo arrepentimiento y duda. Sin embargo, no se dejó llevar y, sin importarle el desorden que dejaba atrás, se dirigió hacia la parroquia.



“Janet, te extrañamos”, comentaron sus amigas al verla llegar. Ella las saludo deprisa, no deseaba demorarse más y siguió su camino en busca del sacerdote, que en ese momento bendecía los objetos.

“¿Cómo te llamas?”, preguntó el joven sacristán que, visiblemente cautivado por su belleza, intentaba contener el balde de agua.

“Janet”, respondió ella, justo cuando el sacerdote procedía a bendecir el bastón.

El sacristán, nervioso, no pudo evitar derramar algo de agua bendita sobre la falda de Janet, provocando risas sonrojadas en ambos.

Mientras tanto, en la distancia, sobre la estrecha vereda, un perro abandonado yacía en el suelo, observando el arco iris recién formado. Era Llano, que en soledad enfrentaba sus últimos momentos, ignorado por todos, pero llevándose consigo la satisfacción de haber consolado a Remedios esa última tarde».

Remedios abrió los ojos al escuchar que tocaban a la puerta, siempre había deseado tener una hija. La llamaría Janet y buscaría un perro que la acompañara. Se apoyó en su viejo bastón y cerró la ventana. El frío en la casa de retiro se sentía cada vez más intenso.

“Su medicina”, dijo la enfermera a su cuidado.
